

TEORÍA SOCIAL, MARGINALIDAD URBANA Y ESTADO PENAL

Aproximaciones al trabajo
de Loïc Wacquant

IGNACIO GONZÁLEZ SÁNCHEZ
(*Editor*)

Miguel Alhambra Delgado
Luis Enrique Alonso
Pierre Bourdieu
Leonidas K. Cheliotis
José Manuel Fernández
Francisco Ferrándiz
Ignacio González Sánchez

Félix A. López Román
Dario Malventi
Markus-Michael Müller
Juan S. Pegoraro
Alfonso Serrano Maíllo
Loïc Wacquant
Sappho Xenakis

EL CONCEPTO DE GUETO COMO ANALIZADOR SOCIAL: ABRIENDO LA CAJA NEGRA DE LA EXCLUSIÓN SOCIAL¹

Luis Enrique Alonso

«Las personas estudiadas por los sociólogos suelen tener problemas para reconocerse a sí mismos o reconocer sus acciones en los informes sociológicos que se escriben sobre ellos».

Howard Becker²

1. INTRODUCCIÓN

Un concepto tan tradicional y de recorrido tan largo como el de gueto se ha generalizado en los últimos años, tanto en la literatura social como en el lenguaje común; en este ámbito general, sobre todo, espoleado por cierto tipo de medios de comunicación que encuentran en esta noción un buen artificio retórico para remover miedos y soliviantar morales, construyendo con ello diferencias insalvables y fronteras de inseguridad cerca de nuestras actuales zonas de tranquilidad (espaciales y mentales) de clase media y de normalización ideológica (y, por lo tanto, de definición mercantil de lo social).

Sin embargo, mucho antes de esta utilización indiscriminada y banalizada que hoy nos sale al encuentro por todas partes, el concepto de gueto había tenido una larga trayectoria de usos

¹ Este artículo se ha realizado gracias a un proyecto de investigación financiado del Ministerio de Ciencia e Innovación con referencias CSO2008-02886. El trabajo se realiza además dentro del grupo de investigación: «Estudios sobre trabajo y ciudadanía» de la Universidad Autónoma de Madrid.

² Howard Becker, *Outsiders. Hacia una sociología de la desviación*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009, p. 208.

históricos tanto en la vieja sociedad europea, como en la joven comunidad norteamericana. Justo de esos usos, así como de las características sociales y espaciales del gueto en diferentes períodos históricos de la historia de Europa y los Estados Unidos, trata la gran primera monografía sociológica sobre el gueto hecha por Louis Wirth³ siguiendo los más clásicos postulados de la imprescindible Escuela de Chicago a finales de los años veinte. El enfoque fundamental en el estudio de la formación del gueto utilizado por Wirth, siguiendo el pragmatismo típico de su paradigma de referencia, era el seguimiento del modo de distribución de los inmigrantes en las ciudades norteamericanas de recepción y los fenómenos sociales originados con ello. Los inmigrantes se reagrupaban, según esto, en torno a su *etnia*, religión, nacionalidad o color de piel de origen, sin olvidar el elemento complementario de la actividad o el oficio, por cuestiones fundamentalmente funcionales. La historia común y las prácticas (civiles y religiosas) de ayuda y apoyo en la acogida eran, según nuestro autor, las que originaban el asentamiento conjunto de las diferentes poblaciones inmigradas, que así encuentran en ese reagrupamiento espacial una forma favorable de mantener comportamientos y hábitos más unificados sobre su identidad de referencia, así como de organizar servicios, formas de vida, equipamientos comerciales o, incluso, lugares de culto.

El gueto judío que Louis Wirth estudió históricamente, encerrado entre muros o no, representaba una forma de mantenimiento multidimensional (económico; simbólico/ritual, político) de un imaginario étnico, pero en ningún caso hay que olvidar que esta situación en muchos y largos períodos de la historia europea había sido producto también del control, la obligación, el dominio y hasta la violencia externa impuesta a

³ La versión tradicional del gueto norteamericano en la imprescindible versión canónica de la Escuela de Chicago se encuentra en una serie de contribuciones clásicas realizadas a mediados y finales de los años veinte y que se pueden localizar en ediciones de textos como los de Louis Wirth, *On Cities and Social Life. Selected Papers*, Chicago, University of Chicago Press, 1964, o en la compilación francesa de los textos sobre el tema de este autor: *Le ghetto*, Grenoble, Presses Universitaires de Grenoble.

la comunidad. Según el propio Wirth en los Estados Unidos de principios de siglo XX, esta imposición ya no era una característica relevante del gueto judío norteamericano, que por entonces se convertía fundamentalmente en un lugar de paso, un refugio, un espacio físico y temporal de transición entre el país de origen y el país de destino; entre una vida pasada y una vida por construir.

Continuamente los estudiosos e investigadores del tema han estado remarcando estos dos aspectos del gueto, el concepto siempre sirve para designar un lugar de concentración de una comunidad o grupo humano particular que presenta y concentra prácticas sociales específicas, pero es evidente que en muchas ocasiones este espacio encuentra su sociogénesis en una dominación y determinación externa asentada en mecanismos que siempre tienen por misión segregar, estigmatizar y separar. Pero no olvidar, para el tema del origen y desarrollo histórico de los guetos, las funciones de dominio y control de unos grupos sobre otros en los que se ha desenvuelto la fijación de las poblaciones en el territorio no significa tampoco menospreciar las muchas dinámicas funcionales, comunitarias, integrativas, positivas o prácticas que conducen al mantenimiento del gueto, ni la complejidad de las tensiones entre los espacios externos e internos de las comunidades demarcadas⁴. En este sentido, siempre sería necesario estudiar las capacidades concretas de cada grupo para etiquetar y ser etiquetado y el sistema relaciones y poderes concretos de las posiciones sociales que se encuentran en juego, evitando cualquier pretensión de juicio estático; siendo imprescindible, a su vez, seguir cuidadosamente las dinámicas que han construido

⁴ A finales de los años veinte el gran Robert E. Park, quizás el más genuino representante de la primera formación de la Escuela de Chicago, prologuista del libro de Wirth, y uno de los principales y tempranos teóricos de la ciudad, ofrece una visión multidimensional del gueto, que si bien desde la Venecia medieval ha tenido un sentido de imposición y control también se ha comportado como una construcción dinámica, de defensa y expresión de identidades con resultados materiales y normativos no sólo ambivalentes, sino en muchos casos contradictorios. Sobre esta primera visión de la *doble cara del gueto* véase Robert Ezra Park. *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*. Estudio preliminar y traducción de Emilio Martínez. Barcelona, Ediciones del Serba, 1999, pp. 111-115.

y reconstruido la situación concreta de la segregación. Desde los primeros trabajos contemporáneos sobre el gueto sabemos que la pretensión de naturalidad de la segregación o del enclaustramiento espacial de la posición social, expresada por el *sentido común urbano* en la impropia identificación de los guetos con una esencia étnica, cultural o religiosa, debía ser sustituida, en cualquier proyecto de investigación consistente del fenómeno, por una visión relacional donde los esquemas de dominación —y contradominación— son múltiples, históricos y abiertamente políticos.

Sin embargo, la deriva actual del término «gueto» ha consistido en asimilar bajo este preconcepto a todo hábitat en que se concentren familias pobres, población considerada de antemano como marginal, zonas deprimidas, asentamientos no asimilados culturalmente o con problemas de concentración de delitos u orden público, etc. Se refuerza con este uso lingüístico de la noción de gueto la tendencia a significar una zona de inusitada visibilidad de las minorías étnicas, desempleo estructural y masivo concentrado y ausencia escandalosa de los valores y referencias culturales positivos, y por lo tanto peligrosa para todos aquellos grupos sociales que han sido construidos como producto de la normalidad histórica nacional (lengua, costumbre, religión, relatos de la grandeza patria, etc.). Este tratamiento habitualmente mediático, pero también típico de la política municipal (y estatal) más convencional, ha dado lugar a eufemismos internacionalmente bien conocidos para duplicar la palabra gueto —«barrios sensibles», «zonas problemáticas», «reagrupamientos étnicos», «comunidades diferenciadas», «hábitat multicultural» y un larguísimo etcétera que podría abrir páginas enteras—; pero el resultado es el mismo, el de la prescripción desde la normalidad de un contenedor social patológico, aparecido por la naturalidad, fuerza y contumacia de los miserables, o de los no homogeneizados culturalmente, y cuya única razón de ser es la de testimoniar la falta de méritos de los perdedores en la competencia mercantil, lo que en palabras de Zygmunt Bauman, vendría a constituir el ejemplo de una ética y una estética postmoderna que presenta a los pobres como un *archipiélago de excepciones* o como *residuos*

humanos de la modernidad líquida cuya existencia no obliga moralmente a nadie, pues sólo los individuos existen y se cuidan a sí mismos⁵.

El gueto nos sirve hoy para trazar una línea de frontera gruesa y estigmatizante entre lo normal y lo patológico, justificando esta parte maldita de la sociedad como un hecho natural que materializa en el espacio urbano la fuerza de la ausencia de méritos, la ineficiencia económica, la diferencia étnica o el rechazo a la modernización de las minorías no normalizadas⁶. Abrir ahora el debate sobre el concepto de gueto, por ello, no sólo tiene un sentido académico, sino que es un buen ejercicio de estudio genealógico de los problemas sociales; de proyecto de iluminación de cuáles han sido los mecanismos multidimensionales que sirven para construir la discriminación y la dominación que se inscriben en el espacio. Y aquí la importancia reflexiva e intelectual del proyecto no es pequeña, pues nos sirve para observar que los resultados de ciertas descripciones y estudios sociales, si se dejan llevar por el cliché predeterminado por categorías mostrencas, entresacadas de las modas, ciertos medios de comunicación o los dictámenes políticos coyunturales, y no se ajustan a los análisis concretos de las formaciones sociales concretas, no hacen otra cosa que reproducir metodológicamente los discursos más conservadores

⁵ Como ejemplo de los fascinantes trabajos de Bauman sobre las vidas desperdiciadas —y olvidadas— por la modernidad líquida y la emergencia de los residuos de la globalización pueden citarse: Zygmunt Bauman, *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*, Barcelona, Paidós, 2005; *Confianza y temor en la ciudad*, Barcelona, Arcadia, 2006 y *Archipiélago de excepciones*, Barcelona, Katz/CCCB, 2008. Los argumentos de Bauman sobre las transformaciones de la ética en la modernidad líquida se encuentran en *Ética postmoderna*, Madrid, Siglo XXI, 2004. Son interesantes las reflexiones que hace el antropólogo barcelonés Manuel Delgado sobre el uso del concepto de gueto como amenaza en las justificaciones normativas de las políticas municipales, muchas veces para evitar las políticas de construcción de vivienda pública y de zonas donde se limiten las promociones inmobiliarias estrictamente privadas, ver, *La ciudad mentirosa*, Madrid, Libros de la Catarata, 2007, pp. 168-177.

⁶ De esta manera se producen junto con el uso moralizante del concepto de gueto todos los mecanismos de generación de identidades deterioradas y de categorizaciones aberrantes enfrentadas a lo corriente y natural que estudió magníficamente Erving Goffman en su deslumbrante *Estigma*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970.

sobre la peligrosidad social de la pobreza y aumentar involuntariamente el problema que teóricamente querían denunciar. En este aspecto la aportación de la obra de Loïc Wacquant⁷ en el esclarecimiento de estos temas ha sido, como se verá en estas páginas, de primer orden; con resultados que superan en mucho el exclusivo interés universitario y nos introducen en terrenos imprescindibles de abordar en el campo de las políticas sociales o en el debate público sobre la definición de lo que es pobreza y exclusión social.

2. ¿ES POSIBLE HABLAR SIEMPRE DE GUETO?

El abuso presente del concepto de gueto no es casual, sino que forma parte de una retórica de la segregación estrechamente vinculada al capitalismo flexible y postfordista actual que asocia el mantenimiento de la pobreza no al fracaso de las políticas públicas tradicional, sino a un «nuevo» problema «cultural», étnico y migratorio. El racismo implícito que se despliega al conceptualizar como gueto gran parte de las comunidades étnicas que han adquirido abierta presencia en la supuesta normalidad europea actual —al ser inmediatamente asociadas a delincuencia, zonas especiales o barrios sensibles—, tiende a reforzar la separación simbólica y, a la vez, la unificación de la comunidad diferenciada como una situación de otredad absoluta y de convivencia, problemática, sino imposible, por definición. Otredad que se refuerza cuando se plantea desde los sectores más conservadores, una asimilación absoluta y forzada —en forma de «contrato de integración» o de cualquier forma de aculturación obligatoria—, que no sería otra cosa que una especie de solicitud forzada de suicidio de identidad, tan poco verosímil en su práctica como autoritaria y

⁷ Las tres aportaciones fundamentales de nuestro autor sobre el gueto traducidas al español Loïc Wacquant, *Parias urbanos Marginalidad de la ciudad a comienzos del milenio*, Buenos Aires, Manantial, 2001; *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007 y *Las dos caras de un gueto. Ensayos sobre marginación y penalización*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010.

prefascista en su propuesta. Sólo a esta intención de ciertos medios y de ciertas políticas de remarcar las diferencias desde étnicas a económicas —para tratar de manipularlas—, se puede atribuir el resurgir y la generalización de un concepto tan antiguo que hay que buscarlo en la Venecia de 1516, cuando por decreto se ordenaba que el barrio judío de aquella ciudad se convirtiera en un lugar de asignación residencial estricta y obligatoria para todas las familias hebreas que pretendiesen permanecer en la ciudad de aquel tiempo. Sin embargo parece difícil asociar nuestras actuales zonas pobres de las periferias urbanas a formaciones de control fuertemente asociadas a la cuestión judía y que llegaron a su paroxismo, por ejemplo y por citar el más conocido, en el monstruoso y totalitario gueto de Varsovia de principios de los años cuarenta, organizado por la ocupación nazi, como una institucionalización absoluta de una máquina espacial de segregar, aterrar y exterminar.

Una filiación como ésta, al menos, debería impulsar un uso cuidadoso y exacto del término gueto, porque está cargado semánticamente de demasiadas connotaciones históricas como para utilizarlo con su actual ambigüedad y la banalización. No obstante, como venimos diciendo, la noción de gueto ha devenido, por extensión, en sinónimo de zona pobre. Y bien decretado oficialmente (políticamente), o bien difundido mediáticamente, este concepto se asimila con la concentración espacial de la exclusión (o sea con una patología social explícita) y, sobre todo, a partir de la explosión de las representaciones sociales de la inmigración reciente, con la invasión por extranjeros de barrios o zonas urbanas que se consideran ahora como ocupados por extraños. El gueto se tiende a presentar así como concentración étnicamente homogénea, que tarde o temprano acaba funcionando como una microsociedad con normas, valores, culturas y religiones propias, y en gran medida disolventes de la gran cultura nacional de referencia, cuyas tradiciones se ensalzan implícitamente como normales, es decir como normas de obligado cumplimiento. Todo ello, *de facto*, da como resultado el descrédito público, la estigmatización activa y la segregación radical, y acumulativa, de toda comunidad o conjunto de minorías que queda atrapada en la imagen mental o

espacial de gueto, *banlieue*, *zona sensible*, barrio étnico, o cualquier término de este campo semántico.⁸

La controversia social sobre las migraciones actuales ha hecho reaparecer el gueto de una manera contradictoria y llena de peligrosas ambigüedades, puesto que si bien, tanto académicamente como en las directivas de las políticas sociales dominantes, se tiende a rechazar la idea de que se pueden asimilar las condiciones de vida de las periferias urbanas europeas de principios del siglo XXI —y, en general los barrios pobres receptores «masivos» de inmigración—, con los guetos históricos sobre todo norteamericanos; luego, por el contrario, se habla continuamente de *convergencia* de los problemas, de guetificación de las ciudades europeas asociada al remonte y la consolidación de la inmigración o, incluso, de la americanización de los disturbios (en el sentido que empiezan a darse movilizaciones étnicas como las tradicionales revueltas negras de los Estados Unidos). Por otra parte muchas de las políticas actuales sobre barrios sensibles, asimilación étnica y luchas contra la exclusión, dibujan, de manera latente o manifiesta, la figura amenazante de un multiculturalismo agresivo y negativo que hay que disolver concentrando políticas especiales y medidas excepcionales sobre poblaciones enclaustradas que se consideran por definición ajenas.

El uso generalizado de la palabra gueto y sus sinónimos, en el discurso político, los medios de comunicación y los dossiers administrativos, ha venido contribuyendo a ocultar las diferentes formas de vida que pueden existir en las ciudades y las distintas maneras de adaptación y manejo de los recursos y capitales sociales que tienen los habitantes de las muy diversas

⁸ Frente a cualquier pretensión de homogeneidad o monolitismo social estigmatizador, los estudios empíricos sobre las *banlieues* y las periferias europeas en general, hace siempre un retrato de su enorme diversidad, su génesis histórica y su articulación de diferentes dinámicas políticas, sociales y económicas, véanse para este tema los trabajos de Cyprien Avenel, *Sociologie des «quartiers sensibles»*, París, Armand Colin, 2007; Maïte Clavel, *Sociologie de l'urbain*, París, Anthropos/Economica, 2ª ed., 2004; Marc Hatzfeld, *La culture des cités*, París, Autrement, 2007; Marcel Roncayolo, *La ville aujourd'hui. Mutations urbaines, décentralisation et crise du citoyen*, París, Seuil, 2001 y, finalmente, Jacques Donzelot (dir), *Faire société. La politique de la ville aux Etats-Unis et en France*, París, Seuil, 2003.

zonas de nuestras ciudades. A veces basta señalar los problemas de delincuencia en un barrio para calificarlo de gueto o asociar directamente pobreza con gueto, lo que supone la exclusión y el extrañamiento social de los sistemas normalizados de socialización de justamente aquellos que menos recursos tienen. Porque con estas etiquetas estigmatizantes, inmediatamente se descalifica —en el sentido literal de arrebatarle todas las cualidades— zonas, barrios y comunidades «no normalizadas», sin explicar de ningún modo sus mecanismos sociohistóricos de formación y funcionamiento orgánico, así como muchas veces funcional, en el sistema de posiciones sociales de la división del trabajo.

Cuando realidades sociales tan heterogéneas e históricamente diferentes se empaquetan en términos, expresiones y preconcepciones sociales de uso tan elemental como la de gueto o periferia conflictiva, estamos reanimando el viejo relato decimonónico de las *clases peligrosas* que ponían en entredicho al imaginario burgués de la cultura del trabajo y la disciplina productiva, viejo relato ahora convertido en el nuevo estereotipo dinámico de las *etnias peligrosas*. Etnias y comunidades diferentes no asimiladas, no integradas y representadas con un estilo general de vida (trabajo y consumo) que no reproduce la biopolítica convencional de la nación europea seguidora del mercado mundial. El resultado del uso de la diferencia enclaustrada inmediatamente interpela al sentimiento de *inseguridad* de los ciudadanos, autoconsiderados como honestos, normales y de primera, frente al permanente peligro imaginario del *estallido social* de los sujetos oscuros, diversos, no normalizados y con derechos de segunda clase (o tercera, si es que queda alguno a tan bajo nivel).

Nada en el discurso atemorizador de los guetos y las periferias está soportado en un análisis objetivado de los hechos sociales, ni en un estudio de los mecanismos históricos que han conformado las zonas consideradas como peligrosas. Sino que se ha construido como un conjunto de falsas evidencias, asociadas espontáneamente por el cemento simbólico de la peligrosidad social de los diferentes y la morbosidad de las alarmas racistas o prerracistas; manejadas en primer lugar, casi siempre, por los medios tradicionalmente más conservadores, pero

que luego por las espirales competitivas de los medios de comunicación y de los partidos políticos acaban haciéndose mayoritarias. La nostalgia del monoculturalismo blanco y nacional asoma siempre su faz detrás de los diagnósticos de guetificación o segregación cultural, tan equívocos en sus dicámenes como peligrosos en sus resultados.

En este sentido, resulta evidente la influencia que para los trabajos desarrollados por Loïc Wacquant en torno a los usos (y abusos) de concepto de gueto y sus diferentes realidades socioespaciales, ha ejercido la aproximación metodológica de Pierre Bourdieu al estudio de la pobreza contemporánea. Así según Pierre Bourdieu en su (fundamental para el tema que aquí nos ocupa) artículo sobre los «Efectos de lugar» dentro del volumen *La miseria del mundo*, del que Wacquant es un poderoso animador y coautor, al utilizar preconcepciones tan escurridizas como guetos y «periferias problemáticas» se evoca de manera inmediata una «no realidad», un cliché prejuicial y fantasmático armado con todo tipo de imágenes tan tópicas y emocionales (y por lo tanto, nunca controladas por vigilancia epistemológica alguna) extraídas tanto del nuevo sensacionalismo mediático como del viejo conservadurismo político. Estas *prenociones* estigmatizantes siempre acaban convirtiendo, según la teorización de Bourdieu en esa investigación, la *miseria de posición* (relacional, asociada multidimensionalmente al conjunto de la estructura social, dinámica y comparativa) en *miseria de condición* (es decir considerada como absoluta, estática, originada por aquellos que la soportan y asociada al núcleo interno de las comunidades que se excluyen). De tal manera que sin negar la existencia de barrios desheredados o marginados, Bourdieu reclama la ruptura con las falsas evidencias y los errores *sustancialistas* que atribuyen a estos *lugares* una condición esencial y natural (de sitios malditos), sin realizar la mínima reflexión sobre cómo las estructuras y posiciones desiguales del espacio social, originan y modelan las estructuras habitacionales del espacio físico⁹.

⁹ Para el tema de los *efectos de lugar* véase Pierre Bourdieu, «Efectos de lugar», en Pierre Bourdieu (Ed.), *La miseria del mundo*, Madrid, Akal, pp. 119-125. El volumen completo es imprescindible para conocer la postura de Bour-

La violencia simbólica semantiza, así, la atribución de la responsabilidad de cualquier posición social degradada (y subordinada) al origen diferencial de zonas urbanas, comunidades o etnias que se asocian *esencialmente* y por definición con una tan irreal como estigmatizante *miseria absoluta*, que sirve como contrapunto extremo y naturalizador de un relato de riqueza generalizada y ascendente que constituye la normalidad social. Pero construir este estereotipo de la *gran miseria*, asociado a guetos y grupos peligrosos como dispositivo cognitivo de representación de todas las privaciones supone dejar de percibir y comprender tanto las características relaciones y multidimensionales de un conjunto de campos y posiciones sociales que generan procesos muy complejos de desigualdad y pobreza relativa (relacional y situacional), cuando en realidad una gran parte de las desigualdades y problemas característicos de un orden social como el nuestro (europeo, desarrollado, etc.) no se reproducen en ámbito de la gran miseria (que incluso ha retrocedido aunque menos de lo que parece o se suele decir) sino que tienden a diferenciarse y multiplicarse sin precedentes en espacios sociales concretos (campos y subcampos especializados), que crean y recrean permanentemente formas de *pequeña miseria* y *miseria posicional*. El miedo a la *exclusión social total*, debidamente manejado, moviliza entre las clases medias el peligro, todos los fantasmas de la miseria absoluta, a la vez que juega su papel fundamental en el juego de reconocimientos diferenciales y negativos en la vida cotidiana, estigmatizando a diversos grupos sociales en dinámicas que tienden a crear «excluidos preventivos».

En suma, la abusiva noción de gueto y sus extraños sinónimos actuales, no sólo no ayudan a la reconsideración y análisis de los fenómenos de pobreza urbana y de desigualdad social en el territorio —así como por la posibilidad de formular políticas sociales eficaces de integración respetuosa—, sino que crea una

dieu sobre los discursos de esencialización y cosificación de la pobreza, atribuyendo la responsabilidad a los que la padecen y olvidando el carácter relacional de los campos sociales a los que se construyen como resultado de luchas materiales y simbólicas.

opaca pantalla que impide mirar a los fenómenos concretos allí donde se producen; realzando, a su vez, la distinción y bondad (y por lo tanto el precio del suelo y las posibilidades de negocio inmobiliario) de las zonas nobles, exclusivas, o simplemente de clase media, de las ciudades europeas. En el mejor de los casos, la noción de gueto sólo sirve para homogeneizar, estigmatizar y reducir simbólicamente la diversidad urbana, en el peor, para contribuir a crear la profecía que se cumple a sí misma y degradar aquello que supuestamente se describe, aumentando las distancias sociales y profundizando las barreras sociales o arrojando sobre los individuos menos favorecidos la exclusiva responsabilidad de sus problemas. El asunto, finalmente, se vuelve especialmente lacerante, y de ahí su actualidad y creciente presencia, cuando sirve para provocar el descrédito sobre poblaciones y comunidades inmigrantes colocándolas bajo la sospecha estructural de la no integración voluntaria (o de la subcultura de la pobreza o de la indolencia de la miseria). Esto es, el campo semántico de categorías profesionales o populares que se organizan en torno al concepto de gueto, formula una hipótesis racionalizada de estilos de vida mayoritarios que arroja a lo no que se considera *no normalizado* a una especie de exotismo interior que impide cualquier normalización de la diversidad social y del hecho multicultural presentes en la sociedad europea actual.

3. LA CIUDAD FRAGMENTADA: POR UNA SOCIOLOGÍA DE LA MARGINALIDAD URBANA

Como se ha visto, durante los últimos veinte años hemos venido consagrando en nuestros usos cotidianos del lenguaje conceptos difusos e intuitivos que nos sacan de algún que otro atolladero emocional, pero que, si no estamos atentos en su utilización apropiada, nos pueden imponer también un buen número de prejuicios sociales; prejuicios que por la senda de la reflexividad y las profecías que se cumplen a sí mismas han contribuido a realizar una devastadora labor de fragmentación y pérdida del sentido social de los procesos históricos que estamos

experimentando la ciudad. Un buen ejemplo de esto es el abuso del concepto de exclusión social, y asociado a esto, en la formación de un campo semántico borroso, pero eficaz, se encuentran términos como aluvión migratorio, nueva pobreza, inseguridad, minoría étnica y un larguísimo etcétera que en su inscripción en el lenguaje urbano han venido a fortalecer la noción de gueto¹⁰.

Frente a la fantasmagoría de los discursos a la moda, la gran diferencia de los trabajos de Loïc Wacquant es que realizan una sociología empírica y fundamentada de la ciudad y continúan una labor de investigación que ha dado alguno de los frutos sociológicos más importantes de esta disciplina en los últimos tiempos. Obras de primer orden como, entre otras, *Parias urbanos*, *Las cárceles de la miseria* o *Contra las cuerdas*, que suponen aplicaciones y desarrollos avanzados de las propuestas metodológicas y teóricas de su amigo y maestro Pierre Bourdieu —junto a él escribió mucho, quizá sólo convenga destacar aquí un libro central para la sociología de nuestro fin de siglo, *Por una sociología reflexiva*¹¹—, son contribuciones que tratan de abrir, analizar y criticar los tópicos y las frases hechas de nuestro «sen-

¹⁰ Para todo lo relacionado con el tema de la pobreza como un *fenómeno social total*, relacional y dinámico, frente a las habituales consideraciones del «estado de indigencia» véase los trabajos, magníficos de Serge Paugam, *Las formas elementales de la pobreza*, Madrid, Alianza, 2006; así como Serge Paugam y Nicolas Douvoux, *La regulation des pauvres*, París, PUF, 2008. No olvidemos que otro concepto como es el de precariedad ha entrado en la escena, tanto del lenguaje popular, como en el profesional de la intervención social, haciendo todavía más compleja la idea de una línea clara y diáfana entre bienestar y pobreza (o cualquiera de los sinónimos que utilicemos), para esto ver: Maryse Bresson, *Sociologie de la précarité*, París, Armand Colin, 2007.

¹¹ Evidentemente la referencia clásica es Pierre Bourdieu y Loïc Wacquant, *Una invitación a la sociología reflexiva*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005; como resumen contextualizado del argumento central véase el clarificador artículo de Pierre Bourdieu, «Dos imperialismos de los universal», en Loïc Wacquant, (Ed.) *Repensar los Estados Unidos. Para una sociología del hiperpoder*, Barcelona, Antrhropos, 2005, pp. 11-16. No voy aquí a entrar en la discusión del programa teórico de Pierre Bourdieu porque ha sido objeto *in extenso* de otros trabajos anteriores, véase Luis Enrique Alonso, *La era del consumo*, Madrid, Siglo XXI, 2005, pp. 185-243 y en *Prácticas de la economía, economía de las prácticas. Crítica del postmodernismo liberal*, Madrid, Libros de la Catarata, 2009: 73-100, así como en el conjunto de textos compilado por Luis Enrique Alonso, Enrique Martín Criado y José Luis Moreno Pestaña (Eds.), *Pierre Bourdieu. Las herramientas del sociólogo*, Madrid, Fundamentos, 2004.

tido común» cristalizado, desvelando las trampas de los pseudo-razonamientos en que nos enclaustramos para aceptar los tópicos y las falsas evidencias como explicaciones inamovibles de nuestro mundo social, cuando en realidad sólo son justificaciones que están hechas a la medida de la reproducción de los poderes consolidados y que en los últimos años toman la forma de un pensamiento economicista y autoritario, que relega lo social al ámbito de lo no decible y lo no pensable. En esta línea de investigación nos encontramos, pues, con un muy buen estudio de la sociogénesis de la nueva miseria urbana de las grandes metrópolis occidentales. No es así la pérdida de valores tradicionales, ni la religión, ni la inmigración, ni la llegada de nuevas culturas lo que crea zonas conflictivas y potencialmente explosivas en el entramado urbano de nuestras ciudades, sino que es un modo de regulación social, de gestión política y de organización económica que ha sustituido el objetivo del pleno empleo, los derechos sociales y la asalarización segura —como proyectos socialmente razonables de vida y de formulación de políticas públicas redistributivas y generalistas—, por el discurso y la práctica del riesgo, la precariedad, el recorte de derechos, la cicatería en el acceso a la ciudadanía, la agresividad económica, el individualismo total, resumidos en una conciencia de la competitividad absoluta prácticamente hobbesiana. En palabras del propio Wacquant: «La nueva marginalidad urbana no es el resultado del atraso, la ociosidad o la declinación económica, sino de la desigualdad creciente en el contexto de un avance y una prosperidad económica global (...). La nueva marginalidad urbana es el subproducto de una doble transformación de la esfera del trabajo. Una es cuantitativa y entraña la eliminación de millones de empleos semicualificados bajo la presión combinada de la automatización y la competencia laboral extranjera. La otra es cualitativa e implica la degradación y la dispersión de las condiciones básicas de empleo, remuneración y seguridad social para todos los trabajadores, salvo los más protegidos»¹².

¹² *Parias urbanos. Marginalidad de la ciudad a comienzos del milenio*, op. cit., pp. 171-3.

En un marco como este, Wacquant argumenta en sus trabajos con un amplio abanico de ilustraciones y explicaciones sociológicas de todo orden, que aquello que produce la explosión de los barrios no es la inmigración —que ha existido en diferentes grados y niveles, casi siempre altos, desde los orígenes mismos de los sistemas metropolitanos modernos—, ni el choque de civilizaciones, tan espectacular en su enunciación como indemostrable como fenómeno general en la práctica cotidiana, ni el multiculturalismo (todas las ciudades han sido multiculturales por el sólo hecho de ser ciudades), ni la crisis de valores, que han estado permanente en crisis como forma de ajuste de las sociedades complejas; sino que si en algo hay que buscar el origen de la violencia recurrente en las periferias desestructuradas de las grandes urbes occidentales es en la violencia social y simbólica de un modelo de (anti)gestión económica mundial que debilita los Estados del bienestar sin alternativa asistencial alguna y refuerza los mecanismos de competencia económica personal, con un modelo añadido de encuadramiento represivo destinado a los que se acaban presentando por este modelo de gestión como incompetentes en un sentido polisémico y profundo.

En el centro argumental de este programa de investigación se nos avisa de la necesidad, y se nos anima por tanto, a emprender el estudio sociohistórico de las diversas formas y procesos de gestación de las zonas de vulnerabilidad urbana en los diferentes países y según los modelos de políticas públicas de referencia (y aquí la diferencia entre las tradiciones y trayectorias norteamericanas, británicas y europeas continentales han sido radicales). Aplicar etiquetas establecidas y conceptos preconcebidos sólo sirve para bloquear la posibilidad de construir un conocimiento realista y plausible de estos espacios que vuelven así a quedar estigmatizados también en los análisis más o menos técnicos. Cuando utilizamos la palabra gueto para nombrar las actuales zonas conflictivas de nuestras ciudades damos por hecho un encierro construido por una diferencia étnica previa, sostenido por normas (formales e informales) específicas y con un funcionamiento monocultural casi autónomo, lo que comporta también una función socioeconómica casi única de cara al resto de territorios urbanos.

Desde la historia medieval europea y hasta la modernidad industrial anglosajona nos podemos encontrar con un buen número de guetos, desde Venecia a Chicago, desde las jude-rías a los «barrios negros». Sin embargo gran parte de las *banlieues* francesas o de lo que fueron los nuevos barrios y ciudades periféricas producto de las políticas de vivienda de posguerra en la Europa continental no pueden considerarse funcionalmente como guetos, son espacios multiétnicos, combinan diferentes grados de asalarización y diferentes gados de riqueza, comunican por múltiples vías con el resto de la ciudad, siguen actuando políticas públicas activas aunque estén en decadencia, etc. En suma, son universos complejos con los que hay que interactuar y a los que hay que estudiar en su complejidad, en contacto con sus propios sociólogos profanos. El estudio sociológico crítico de la ciudad en su diversidad histórica es la condición previa para eliminar los estigmas y las etiquetas preasignadas, así como para poder emprender potentes políticas públicas consensuadas sobre las zonas más degradadas del tejido urbano. Es imprescindible evitar caer en el discurso del colonialismo interior, cuyo resultado final es el de la imposibilidad de la redención de los marginados (porque son culpables de su marginación), el del fatalismo étnico (o cultural) y el del *apartheid* a escala micro, cuya presencia y peligrosidad es cada vez más real.

Aplicar la noción de gueto donde no se debe, es provocar una exclusión simbólica y una inacción absoluta de las políticas públicas, despreciando además la diversidad histórica y social que han experimentado nuestras ciudades y nuestras periferias. Enterrar nuestras políticas sociales de intervención sobre la ciudad en la idea de que sólo son políticas para marginados, excluidos, guetos o *banlieues*; negativiza y debilita la idea de política social misma (frente al prestigio inmediato de las políticas económicas), a la vez que dejamos escapar la idea, nodal en la modernidad, de que la mejor política contra la exclusión es la del refuerzo de los mecanismos generales de desarrollo de la ciudadanía social para todos y el pleno empleo. La exclusión nunca es un proceso autónomo que aparece como por una maldición en la ciudad, ni es una situación absoluta o

dicotómica de todo o nada, ni, menos aún, está desvinculada de otros procesos sociales (el mercado de trabajo, la constitución de los derechos, las instituciones normativas), por eso se da en diferentes grados y es multidimensional.

Presentar las *banlieues* como cubos de basura sociales de donde vienen todos nuestros males, guetos sin futuro donde se pierden y malgastan todos los valores patrióticos —como ha venido haciendo el pensamiento conservador y ultraconservador francés y en buena medida europeo, donde se trata de instaurar exámenes de nacionalidad o forzar declaraciones impuestas de aceptación de la tradición nacional y abandono de las lenguas originales—; es practicar la profecía que se cumple a sí misma y amparar un modo de intervención represivo que sólo engendra más violencia. Como argumentaba otro gran discípulo de Pierre Bourdieu, Gérard Mauger, en un libro espléndido, y en una no menos espléndida entrevista en el suplemento literario de *Le Monde*, que se han convertido en clásicos para el análisis de los famosos *émeutes*, de las periferias de las grandes ciudades galas en 2005, tenemos que recordar que las revueltas, disturbios o cualquiera de las desconcertantes y muy preocupantes reacciones anómicas de las *banlieues* francesas, son comportamientos protopolíticos de una terrible violencia simbólica que sólo pueden entenderse en el campo ideológico del conflicto por las significaciones y las representaciones sociales¹³. Satanizando estas acciones como simples desórdenes de los guetos no se consigue nada más que reforzar y recrear con más fuerza el fenómeno que se denuncia, engendrando espirales crecientes de violencia simbólica que siempre acaban en violencia física.

¹³ Sobre este tema además de las contribuciones seminales de Gerard Mauger, *L'Émeute de novembre 2005. Une révolte protopolitique*, París, Éditions du Croquant, 2006 y su intervención en el debate cotidiano en «Cette révolte exprimait une indignation collective», *Le Monde des livres*, 16 de febrero, 2007; son también de obligada consulta los magníficas aportaciones recogidas en Laurent Mucchielli y Veronique Le Goaziou. *Quand les banlieues brûlent. Retour sur les émeutes de novembre 2005*, París, La Découverte, 2^o ed., 2007; así como la polémica, pero sociológicamente interesante, reflexión de Jacques Donzelot (2006), *Quand la ville se défait. Quelle politique face à la crise des banlieues?* París, Seuil, 2006.

Wacquant nos viene entregando en estos últimos años con su sociología otro buen, y bello, ejercicio de investigación académica, pero con un enorme interés para el lector socialmente inquieto y con voluntad de intervenir en el debate público actual sobre nuestras ciudades. El impresionante bagaje teórico de su obra y el buen tratamiento empírico de los problemas abordados —si algo se puede criticar en su enfoque es ese aplastante sociologismo objetivista que deja un tanto fuera los propios discursos y construcciones simbólicas de los implicados, aunque formalmente no rechace, todo lo contrario, la aproximación cualitativa, pero siempre para apoyar su argumento objetivador—, hacen de su sociología un ejercicio intelectual de primer orden para acabar con tópicos y estereotipos sobre la exclusión. Imágenes que pueden tener, y de hecho tienen, efectos mortales para agravar los procesos de fragmentación de las ciudades actuales. Como asegura Saül Karsz, de lo que se trata es de salir de un discurso donde «las relaciones entre incluidos y excluidos parecen calçadas sobre el díptico normal/anormal sin que en apariencia se plantee el problema de saber de dónde brota esa normalidad ni qué política gestiona la inserción que se supone (re)conduce a ella, en la que todo se presenta como si no hubiera ningún motor, ningún principio activo, ningún generador»¹⁴. Desde sus bases de estudio, y con las posibles aperturas del discurso de la exclusión urbana que propone Wacquant, se puede construir un buen lugar intelectual para mantener un debate cívico —y por ello político— que aborde las acciones a tomar y los instrumentos a utilizar de cara a la formación de la ciudad de nuestro inmediato futuro. Una ciudad que será plural o ya no será.

Las investigaciones empíricas de Wacquant son sistemáticas y multidimensionales aproximaciones a zonas muy diversas de Estados Unidos y Europa donde se concluye constantemente que no se puede hablar de «convergencia de guetos» subrayando que son realidades no comparables y con génesis históricas bien distintas. De esta manera, según Wacquant, ni la figura

¹⁴ Saül Karsz, «La exclusión: concepto falso, problema verdadero» en Saül Karsz (Ed.), *La exclusión: bordeando sus fronteras. Definiciones y matices*, Barcelona, Gedisa, 2004, p. 176.

tradicional europea de gueto heredada desde el mundo medieval, definida por cuatro características en presencia: estigmatización, imposición institucional externa sobre sus habitantes, confinamiento espacial y duplicación de normas reguladoras (esto es en el gueto hay «leyes especiales»); ni tampoco la manera como definían el gueto los sociólogos de la Escuela de Chicago —como una transición en el ciclo de incorporación a una sociedad organizada por un estricto principio de segregación étnica que asegura a la población inmigrada una función de acogida y refugio antes de plantearse nuevos caminos de movilidad espacial o social—, son ni por lo más remoto figuras que se puedan asimilar a los procesos históricos reales que han producido los asentamientos y las prácticas de los inmigrados en las periferias europeas y, en especial, en las *banlieues* francesas.

En lo que se refiere a estas diferencias entre gueto norteamericano, ejemplarizado siempre en el South Side de Chicago o los barrios negros de Los Ángeles y Nueva York y las periferias europeas: parisinas, marsellesas, berlinesas o barcelonesas; Wacquant encuentra cinco parámetros esenciales que hacen irreductibles las dos realidades. El primero está relacionado con las diferentes situaciones: ecología humana, los guetos norteamericanos son enormes ciudades prácticamente autosuficientes que giran en torno a sí mismos, tanto por las proporciones numéricas (en el caso norteamericano no es improbable encontrar agrupaciones étnicas de más de un millón de personas) imposibles de encontrar en Europa, como su apertura y relación con el conjunto de la ciudad; las periferias europeas no pueden ni por lo más remoto ser comparadas si no es por desconocimiento o mala fe. La segunda característica es la que resulta de la composición étnica, si el gueto en Estados Unidos es una ciudad dentro de otra ciudad compuesta históricamente sólo de afronorteamericanos segregados —superados hoy los guetos italianos o judíos en ese país—, en Europa ha existido una enorme diversidad étnica y la superposición en las periferias de minorías étnicas sobre clases históricas laborales tradicionales o decadentes (la llegada a los cinturones rojos europeos, o los HLM franceses de inmigrantes de sucesivas nacionalidades desde periféricos europeos hasta afri-

canos subsaharianos pasando por todo tipo de comunidades latinoamericanas —en España por ejemplo— o musulmanas) en disposiciones espaciales de la ciudad mucho más entremezcladas y de mucho menor nivel de segmentación zonal.

La tercera gran diferencia es, por decirlo directamente y no utilizar ningún eufemismo, los muy distintos niveles de pobreza exhibidos en ambas situaciones, que resultan incomparables, pues si revisamos los indicadores convencionales de malestar social (desempleo estructural, abandono escolar, ausencia de ingreso permanente en los hogares, etc.) triplican o cuaduplican en los guetos norteamericanos a las peores áreas europeas que se puedan seleccionar. El cuarto factor es la violencia y la criminalidad; según Wacquant, ni cuantitativa, ni cualitativamente las situaciones pueden homogeneizar las dos citaciones de referencia, pues no hay comparación si seguimos las series históricas de datos en cuanto a los acontecimientos ligados a la violencia privada (robos agresiones y ataques individuales o en bandas), como en lo que se refiere a la frecuencia e intensidad de los disturbios colectivos: ya que «*riots*», levantamientos o turbamultas genuinamente étnicas han sido frecuentes en las ciudades segregadas norteamericanas, pero han tenido mucha menor presencia en las europeas y casi siempre mezcladas con otros focos de movilización social (acciones colectivas relacionadas con contratos laborales, el empleo juvenil, el encarecimiento de precios, etc.). La quinta diferencia se concentra en las muy diversas formas y grados de realización de las políticas públicas a todos los niveles entre los Estados Unidos y la Europa continental; así la práctica ausencia de políticas sociales urbanas en la ciudad americana —residuales, asociadas a una idea de *welfare* pietista y vergonzante y dependiente de instituciones voluntarias o municipales, contrasta con la abundante panoplia de políticas estatales, regionales y locales que se entrecruzan por la ciudad europea y abarcan desde el ámbito de las infraestructuras a la protección social, pasando por los ingresos mínimos o la asistencias sanitaria. En suma, estamos ante hechos sociales cuya diferencia es la razón histórica, no de grado o nivel.

Ahora bien, y esto es fundamental para entender la dinámica territorial que estamos viviendo, el desenfoque que repre-

senta hacer pasar la realidad de la segregación urbana norteamericana por el *espejo universal*, no significa que no se estén viviendo cambios intensos en la organización social del territorio en Europa y que es en esta nueva organización (que correspondería a la traducción para *la cuestión urbana* del *nuevo espíritu del capitalismo*), donde se produce un agotamiento político, así como un ataque ideológico frontal, a los métodos y modelos de intervención y regulación públicos, así como parcial pero nítidamente redistributivos, que operaron en la edad de oro de la sociedad industrial en los famosos treinta años gloriosos de crecimiento keynesiano. Tanto Wacquant como otros autores contemporáneos, nos presentan un impresionante fresco social, donde encontramos una ciudad europea quebrada por la crisis —seguramente forzada— de la clásica cuestión social, que trata de ser sustituida por una tan ambigua como desigual estrategia de activación de los individuos, y que tiene como resultado una creciente desarticulación de las políticas públicas, desigualdad creciente y aumento del poder de todos los mercados, fundamentalmente el inmobiliario, sobre el ordenamiento territorial¹⁵. Lejos de ser simples fenómenos derivados —de las migraciones o del multiculturalismo— los problemas y dinámicas urbanas actuales están en el centro de un conjunto de las nuevas prácticas políticas derivadas del postfordismo financiero: disminución de la legitimidad de la intervención social del Estado, hegemonía de las nuevas clases de gestión, debilitamiento de los colectivos laborales industriales, precarización social general, etc. Prácticas que se plasman en la ciudad gentrificando rápidamente zonas de interés para los promotores inmobiliarios, encareciendo las zonas residenciales

¹⁵ Interesantes trabajos sobre la fragmentación de la ciudad postfordista —incluido algún artículo de Wacquant— pueden encontrarse en el interesante volumen colectivo de Peter Marcuse y Ronald van Kempen (Eds.), *Of States and Cities: The Partitioning of Urban Space*, Nueva York, Oxford University Press, 2002, empezando por los trabajos de los compiladores. Las lógicas de la ciudad postfordista se encuentran analizadas con extremada agudeza en Ash Amin y Nigel Thrift, *Cities. Reimagining the Urban*, Cambridge, Polity Press, 2002. El tema de la segmentación fragmentación y disociación de los vínculos sociales normativos se encuentra estudiado en profundidad en Jacques Généreux (2006), *La dissociété*, París, Seuil, 2006.

históricas, cuyo valor de suelo aumenta sin límites como patrimonio de lujo; o provocando la periurbanización o la expulsión hacia periferias cada vez más lejanas a las personas encuadradas en las franjas más débiles del mercado laboral, que sólo pueden aspirar a los alojamientos de menor valor inmobiliario relativo, o definitivamente verse pre-excluidos o directamente marginados, arrojados y relegados a los espacios donde se acumulen los mayores costes sociales.

La desigualdad creciente en las ciudades y en el orden social, asociado a un nuevo modo de regulación del capitalismo, es lo que explica los problemas de integración y cohesión social latentes o manifiestos de las ciudades europeas. El trabajo sociológico contemporáneo nos demuestra incontestablemente que son las variables socioeconómicas —y sus activaciones políticas— las que crean la jerarquización territorial y la zonificación de la riqueza y la miseria. Ninguna diferencia cultural o singularidad étnica es significativa en la aparición de la miseria, ni su atribución a la responsabilidad de los grupos no socializados en los valores nacionales tradicionales es relevante como causa explicativa de pobreza. Recordemos, además, que sobre los entornos socialmente descualificados y sin recursos (económicos, políticos, simbólicos) se proyectan por definición un conjunto de etiquetas degradantes que funcionan como una imposición de códigos negativos y al ser recogidos estos códigos por los propios habitantes acaban operando como una forma de identidad reactiva y defensiva. Lo que es así socialmente diverso y multidimensional se acaba convirtiendo en pura reproducción del estereotipo, la violencia simbólica ha cumplido su función y hasta los propios violentados acaban naturalizando su máxima subordinación social.

4. LOS OSCUROS USOS DEL DISCURSO DE LA INSEGURIDAD SOCIAL

Vemos que el trabajo que Wacquant ha realizado sobre los guetos va mucho más allá de una disputa terminológica, en realidad es un análisis de cómo se van creando las fronteras

que marcan el adentro y el afuera de la normalidad y la legitimidad en la sociedad, cuando la lógica del espacio queda dominada por la pura lógica del mercado. Lejos de ser producto del pasado, del atraso cultural de los grupos «no integrados» o de las peculiaridades conflictivas de etnias «minoritarias», las zonas consideradas como guetos —o cualquier eufemismo del lenguaje administrativo— son producto del juego de poderes y relaciones sociales (y su plasmación en el espacio) que se han desplegado en el actual régimen de regulación (estructuralmente inestable) de la relación salarial. Son muchas las consecuencias para el estudio de lo social que se pueden derivar de este enfoque y en las páginas que siguen como conclusión veremos unas cuantas.

Para el estudio de la pobreza, Wacquant nos anima a un estudio histórico, genético y metodológicamente plural, donde los tradicionales indicadores cuantitativos sean contextualizados y ampliados con potentes etnografías y trabajos cualitativos¹⁶. La pobreza así no es sólo una privación, es un complejo juego de atribuciones simbólicas, etiquetados y razones prácticas de las que definen, y son definidas, por la situación y la posición social. La propia imposibilidad de referir a estos actores sociales nada más que por lo que les falta —los «sin papeles», los «sin ley», los «parias urbanos», etc.— es una buena prueba de la incapacidad académica y mediática de pensarlos como actores sociales completos y complejos —lo que tiende a reforzar el estigma y a seguir aumentando la profecía de su anormalidad—, así como de su incapacidad política de pensarse como agentes propositivos o con una alternativa social digna de ser escuchada (recuérdese la idea del orgullo del productor, la mitología utópica de la clase obrera o la simple capacidad negociadora de lo que se consideraba sujeto laboral sindical en el keynesianismo de posguerra, etc.).

¹⁶ Buen ejemplo de este trabajo cualitativo es la magnífica monografía sobre la vida cotidiana en un club de boxeo de lo que es considerado el gueto negro de Chicago y que en muchos momentos resulta fascinante, ver así Loïc Wacquant, *Entre las cuerdas. Cuadernos etnográficos de un aprendiz de boxeador*, Madrid, Alianza, 2004.

Esta primera característica sobre el uso y abuso —incluso en la sociología más acreditada— de categorías convencionales y preconcepciones distantes para diagnosticar la nueva marginalidad social bloquea, literalmente, el estudio de su génesis y su relación con las políticas públicas y de adelgazamiento estructural. El *hipergueto* actual norteamericano (en ciudades que van de Chicago a Filadelfia o de Nueva York a Los Ángeles), las villa miserias latinoamericanas, o las periferias europeas tienen génesis históricas totalmente diferentes. Todas ellas son productos de situaciones de clase y situaciones étnicas variadísimas y las políticas estatales han tenido presencia y efectos muchas veces contrarias. Olvidar estas cosas nos vuelve a crear una categoría de pobreza como oscuridad total realidad repulsiva idéntica en todas partes y no es en absoluto así, porque ni los orígenes son los mismos, ni las políticas operantes son tampoco semejantes. La mirada de la pobreza como un *exotismo interior* desenfoca por definición el conjunto de mecanismos institucionales que están presentes en los procesos específicos de marginación y en los acontecimientos y condiciones que conducen (y producen) la exclusión social.

Las políticas públicas en este sentido son fundamentales; de tal manera, que gran parte de las transformaciones del nuevo régimen de marginalidad urbana han estado ligadas a la crisis y reconversión del Estado de bienestar y a las transformaciones de la relación salarial. De este modo, la notable remercantilización de las lógicas de intervención del Estado (lejos ya del Estado keynesiano fordista), con efectos de incremento de la desigualdad casi inmediatos, así como asociadas a la individualización, desestabilización y precarización de la fuerza de trabajo, al mismo tiempo que un desempleo estructural y recurrente, etc.; han creado una lógica de acción postfordista donde la inseguridad y el riesgo (fabricados desde todos los mercados) se convierten tanto en el asignador fundamental de los espacios, como el conformador de las biografías laborales (o la ausencia de ellas), con lo que esto supone también para las políticas de disciplinamiento, control social y criminalización de la pobreza.

En esta nueva cuestión urbana, son muchos los autores que han estudiado cómo las ciudades —desde aquellas integradas

en el circuito mundial de las «ciudades globales» hasta las más relegadas en la jerarquía de la división espacial internacional han cambiado según hemos ido cambiando la hegemonía de un modo de regulación industrial fondista, a otro postfordista ultratecnológico, financiero y de servicios. Wacquant quizás mejor que nadie ha visto que a la vez que resplandecen las concentraciones en las zonas urbanas cosmopolitas de la alta economía, de la innovación y los servicios, con sus nuevas clases medias altas de referencia altamente cualificadas y financiadas, se multiplican las zonas vulnerables y relegadas, producto de las estrategias neoliberales de desarticulación selectiva del Estado del bienestar y de la desestabilización, fragmentación y desocialización de la fuerza de trabajo. Tras el teórico desorden postmoderno, hay un modelo de ciudad (y de ciudades) a varias velocidades y con distintas lógicas; desde la ciudad dominante (financiera empresarial) a la ciudad *gentrificada* (profesional, técnica, académica), desde la *ciudad residencial* (de clases medias en el centro o la periferia) a la *ciudad dormitorio* (la que ocupan las clases medias bajas en riesgo de exclusión social), de la *ciudad productora* (industrial, material) a la *ciudad residual y marginal* (en la que se concentran todos los costes sociales del modelo). Estas ciudades se pueden concentrar en una sola, o estar especializadas a partir de un tipo claramente hegemónico, a nivel mundial; pero lo que está claro es que representan un nuevo encaje entre producción, comercialización y consumo en una escala global, y sus resultados negativos aparecen como la otra cara inseparable de sus logros y alcances.

La nueva *inseguridad social* es así un modelo de referencia para la producción del sentido de las razones prácticas de todos los actores sociales presentes en los sistemas de relaciones políticas actuales. Inseguridad que se combina y mezcla con trayectorias históricas muy diferenciadas según naciones, comunidades étnicas, orígenes de clase, lugar en la división internacional del trabajo, niveles de capital (económico, social, simbólico, cultural) y hasta incrustación de las ciudades en las redes internacionales. Es por ello que anunciar una *underclass* homogénea, étnica, inmigrante exótica, peligrosa y unificada a nivel

transnacional es tan inexacto sociológicamente, como interesado políticamente. Es el tipo de gestión disciplinaria del nuevo modelo postfordista de acumulación, que por una parte reduce los derechos sociales y la seguridad institucional de los antiguos y nuevos sujetos laborales, y, por otra, penaliza y criminaliza a todas las víctimas y trayectorias truncadas, asociadas a este proceso de generación de riesgos e inseguridad radical.

Como ha señalado Robert Castel, con la experiencia de quien ha estudiado a fondo durante muchos años la construcción, desarrollo y crisis de la cuestión social, los actuales usos de la *inseguridad social*¹⁷ se encuentran históricamente ligados a un cambio de ciclo en los procesos de individualización y subjetivación de la gestión social de los riesgos donde se tienden a romper las convenciones sobre responsabilidad pública, solidaridad, seguridad y derechos sociales exigibles, que se fraguaron en el ciclo keynesiano-fordista; movilizándolo, a su vez, toda una nueva subjetividad del autocontrol y la gestión parcial y privada, de riesgos, con lo que el relato del valor del individuo y del descrédito de la colectividad se refuerza, expande y afianza. Paralelamente se tiende a proyectar sobre los que reciben todas las *discriminaciones negativas* (económicas y simbólicas, mercantiles y raciales) el discurso tramposo e inexacto de la *exclusión social* como estado, como parte maldita, externa, desocializada y no integrada, separada de lo social, sin grados, lógicas ni conexiones con el resto de la sociedad. Discurso cuya funcionalidad ideológica acaba siendo el de predicar la incapacidad y escasa voluntad para integrarse y normalizarse de aquellos que, precisamente, son las víctimas de las discriminaciones.

Aquí aparece otro de los ejes centrales del discurso de la inseguridad social y que Wacquant ha estudiado sistemáticamente

¹⁷ La obra de Robert Castel es señera en el estudio actual sobre la desestabilización de la relación salarial y la cuestión social y sus dinámicas multidimensionales de discriminación negativa, así como del uso disciplinante de los discursos sobre el riesgo, la inseguridad y la gestión de individualizada de las incertidumbres, véanse, por ejemplo, Robert Castel, *L'insécurité sociale. Qu'est-ce qu'être protégé?* París, Seuil, 2003; *La discrimination négative. Citoyens ou indigènes?* París, Seuil, 2007 y su último volumen compilatorio, por ahora, *La montée des incertitudes. Travail, protections, statut de l'individu*, París, Seuil, 2009.

en otra parte sustancial de su obra¹⁸, aquella que denuncia cómo la conversión del *Welfare State* en *Workfare State* (o Estado del productivismo y la activación) siempre tiene como consecuencia un despliegue de medidas de penalización y castigo de la pobreza, endureciendo y aumentando las políticas de criminalización de lo social (algunos lo llaman el *Prison State*). Por tanto, cuando se anuncian programas de *tolerancia cero*, *mano dura* o *control policial*, tanto de los conflictos de las «zonas sensibles» de las ciudades como de los flujos migratorios, ya sabemos que estamos ante un modelo de conversión del Estado providencia en el Estado penitencia o punitivo que ha hecho aumentar la población reclusa al mismo ritmo que las políticas «*neocons*» recortaban el Estado Social. Pero ese recorte no era sólo «técnico» o de reajuste financiero, al mismo tiempo se declaraba la supremacía civilizatoria y moral de lo blanco, anglosajón y protestante o se desplegaban campañas de violencia institucional y neoimperialista tanto en las fronteras exteriores del imperio (guerras contra Irak, Afganistán, etc.), como en las interiores (cruzada conservadora contra los sectores sociales no convencionales y las minorías étnicas inmigradas).

Estos discursos de recrudescimiento de la mayoría moral, de las tradiciones nacionales, de la supremacía de la civilización occidental (mercantil y capitalista) no han dudado en reclamar, y llevar a cabo, el control punitivo y penal de los que son considerados «los otros»; o sea, los que para el actual sistema de legitimación del postfordismo tecnológico y financiero tienen escaso o nulo capital económico, simbólico, político y cultural, en cualquiera de sus combinaciones. Discursos que penetran y se hacen presentes en toda la sociedad aumentando el miedo a la exclusión y la percepción de inseguridad. Los que sufren desde más cerca la degradación del compromiso social keynesiano y la dificultad en todos los ámbitos (tanto en lo económico, como en el posible endurecimiento de sus condiciones de convivencia

¹⁸ Para una versión completa de la sociología del Estado penal de Wacquant, véase los imprescindibles trabajos recogidos en Loïc Wacquant, *Las cárceles de la miseria*, Madrid, Alianza, 2001 y en el monumental, *Castigar a los pobres. El gobierno neoliberal de la inseguridad*, Barcelona, Gedisa, 2010.

cotidiana) de mantener un proyecto de vida, tienden a adherirse cada vez más a un orden hobbesiano de todos contra todos, lo que acaba justificando a nivel popular desde las patrullas ciudadanas de las zonas pobres, hasta la competencia a todos los niveles por el puesto de trabajo pujando a la baja y truncando o renunciando a un número mayor de derechos laborales.

Desde todas las agencias privatizadoras y los *think tanks* conservadores se realiza la misma maniobra ideológica: se clama por la supresión de las políticas públicas de asistencia, derechos laborales y protección social, por caras, burocráticas, generadoras de riesgo moral, ineficientes, productoras de *free riders* y aprovechados, etc. Y, al mismo tiempo, se hace de la inseguridad un negocio, vendiendo seguridad privada, economía militar pura y dura, o programas de resurrección de las más viejas políticas punitivas (ejercidas ante todo sobre los sujetos más débiles de la sociedad). Para propiciar y rematar la maniobra una no despreciable cantidad de monografías académicas situadas en el etéreo (y bien financiado) mundo liberal, acaba defendiendo la idea de la no responsabilidad social sobre la pobreza privada, de la culpabilidad de los menos favorecidos por no saber, o querer, seleccionar racionalmente las oportunidades que le ofrece el mercado, o de que el mejor resultado para la marcha de la economía viene de la mano del uso de medidas autoritarias —y de escasa garantía en el cumplimiento de los derechos civiles— que además sirven para defender e impulsar la propiedad privada. En fin, según este nuevo argumentario liberal, la única manera de acabar la «tragedia de los bienes comunes» y los malos y antieconómicos incentivos inducidos por la burocracia, es privatizarlo todo, asignar sobre todos los bienes derechos de propiedad exclusivos y reducir al máximo el espacio público.

5. CONCLUSIÓN: CONTRA EL PENSAMIENTO DÉBIL

Es en el campo académico en particular y en el más general de la producción cultural donde acabamos estas líneas. Precisamente, con la denuncia que el propio Löic Wacquant con

Pierre Bourdieu han realizado del imperialismo cultural que propagan los trabajos universitarios más convencionales sobre la nueva cuestión social y que luego se difunden y engrandecen más, si cabe, en sus resultados mistificadores, por los medios de comunicación. Medios que suelen hacer una rápida y degradante versión simplificada de los resultados académicos que mejor se compaginan con la estructura empresarial de los propios poderes mediáticos y que se entrelazan con las agencias especializadas, institutos de empresa, fundaciones financieras, *think tanks* descaradamente neoconservadores o círculos de estudios avanzados que suelen reciclar y reutilizar el capital cultural y simbólico del mundo académico para imponer el punto de vista más individualista, privatista y promercantil posible en el análisis de las relaciones sociales contemporáneas. En el artículo «Sobre las trampas de la razón imperial», Bourdieu y Wacquant denunciaban con agudeza cómo la producción sociológica actual está sometida a un imperialismo cultural que consiste en la universalización de los particularismos vinculados a una experiencia histórica singular —provenientes del mundo norteamericano y en general anglosajón— hasta hacerlos universales, necesarios y absolutos, así como irreconocibles como categorías particulares¹⁹. De ahí viene que tanto lo considerado como positivo —«mundialización», «globalización», «sociedad del conocimiento»—, como lo negativo —gueto, *underclass* o infraclase, subculturas étnicas etc.—, sean realmente términos extraídos sin más de un vocabulario que idealiza o estigmatiza una realidad determinada, la norte-

¹⁹ Este artículo de Bourdieu y Wacquant ha sido varias veces traducido al español y es una referencia fundamental en la sociología de los intelectuales de nuestro principio de siglo, aquí lo recogemos en la versión de un libro compilado por Wacquant sobre la sociología de Bourdieu, véase así, Pierre Bourdieu y Loïc Wacquant, «Sobre las astucias de la razón imperialista», en Loïc Wacquant (Ed.), *El misterio del ministerio Pierre Bourdieu y la política democrática*, Barcelona, Gedisa, 2005, pp. 209-230. Es de interés también una versión modificada de este artículo, y este planteamiento, donde la crítica final acaba derivando a un poderoso ataque intelectual a la llamada *tercera vía* de Tony Blair inspirada por la sociología (imaginaria y engañosa según la definen Bourdieu y Wacquant) de Anthony Giddens, ver: Pierre Bourdieu y Loïc Wacquant, «La nouvelle vulgate planétaire», en *Le Monde Diplomatique*, n° 554, mayo, 2000, pp. 6-7.

americana. Luego estos tópicos discursivos se imponen como categoría de análisis (cerradas y bloqueadas) sobre cualquier sociedad, tradición o cultura por muy distinta que sea. Su éxito se origina en que el uso de toda esta terminología tiene efectos positivos en la carrera académica, justo porque opera en un mundo colonizado, literalmente, por patrones de producción y competitividad simbólica derivados de las convenciones universitarias norteamericanas (traducción en lo cultural de su capital económico y su hegemonía política).

La neolengua o vulgata pseudocientífica actual, sea en su versión integrada (el neoliberalismo) o en su versión apocalíptica, diferencialista y nihilista (el postmodernismo), ha tratado, con bastante éxito, de sacar de las agendas de investigación los tradicionales problemas sociales a estudiar: la desigualdad de clase, la explotación, la distribución de rentas, las condiciones laborales, la historia de los movimientos colectivos o las diferencias nacionales en la división internacional del trabajo (por sólo citar algunos). Lo que hemos registrado, por el contrario, es una fuerte deriva hiperculturalista que tiende a presentarnos cualquier hecho social en clave desmaterializada y plantado como una situación ideal. Por ello veremos formular términos como sociedad de la innovación, economía del conocimiento, cultura de la empresa, o «cultura global», cuando lo que queremos remarcar es un modelo positivo a seguir; si es en clave negativa o sospechosa nos encontramos en el campo semántico de de la *etnicidad*, el multiculturalismo, la diferencia, la cultura de la pobreza, la no integración de valores, el choque cultural o civilizatorio, etc.

El multiculturalismo se convierte igualmente en tema clave, además de presentarse como realidad homogénea y universal—cuando lo que se especifica sobre todo es el multiculturalismo anglosajón y fundamentalmente norteamericano— es el gran referente en los estudios sobre pobreza urbana y minorías marginadas. Sus detractores sólo lo utilizan para responsabilizarlo de todos los males (esto es la disfunción de las minorías sociales más desprotegidas), sus defensores académicos sólo saben aceptar acríticamente un diagnóstico de la situación que no recoge, ni las diferencias históricas que cada situación mul-

ticultural real posee en cada sociedad —que dista mucho del cliché anglosajón—, ni los problemas estructurales de determinación de la desigualdad y las posiciones sociales, problemas que son múltiples y combinados. Reclamar, por tanto, sólo reconocimiento jurídico de las diferencias, y respeto a los modos específicos de vida (cultural) de las minorías, es, además de bastante pobre como programa político, bastante ineficaz como proceso de redistribución de riquezas, igualación de derechos económicos y creación de un marco de equidad social.

Este término de multiculturalismo que no es ni un concepto, ni un movimiento social, ni una teoría, es un buen ejemplo de una *alodoxa*, que contiene todos los tópicos y prejuicios positivos y negativos de la tradición etnicista anglosajona —incluyendo guetos, infraclases y comunidades étnicas—; induciendo, o bien el populismo presociológico de la piedad a la víctima, o bien, el elitismo de su definitiva culpabilización, pero, en el fondo, impidiendo el estudio de los mecanismos estructurales (históricos, concretos, económicos y simbólicos) que ha dado lugar a las diferentes situaciones sociales concretas. Es un buen tema para situar el programa de investigación de Wacquant, directamente heredado de Bourdieu, y que no es otro que una sociología empírica, reflexiva, crítica, plural, comparativa e histórica. Al culturalismo cada vez más estrecho, subjetivista y débil, hecho a la medida de las modas académicas y del narcisismo del campo cultural —por ello la idea tan actual de describir lo social como si fuera lo exótico interior o de entrelazar debates teóricos (como el del liberalismo frente al comunitarismo), pensando que se resuelven en una especie de escolástica de los campos académicos sin hacer la más mínima referencia a sociedades concretas—; es necesario oponerle un proyecto sociológico fuerte armado sobre las bases de una crítica epistemológica (sobre las categorías que utilizamos para pensar la sociedad, sus efectos sobre ellos y viceversa), así como sobre el reconocimiento de las potencialidades del cambio y la transformación social presente en los sujetos y objetos de nuestro conocimiento, que siempre tiene efectos políticos y cívicos. Igualmente en este programa resulta imprescindible

articular las visiones de los hechos sociales objetivados (como efectos de estructura) con los relatos y experiencias subjetivas de los actores presentes en los campos específicos de la acción social. A todo esto Wacquant le ha añadido, pertinentemente, su insistencia sobre la necesidad de comparar y evaluar las formaciones sociales concretas como fuente de conocimiento relevante para todo problema a estudiar; así como la voluntad militante de colocar a todo hecho social en su génesis histórica, en su evolución en la larga duración y en las múltiples determinaciones ejercidas por acontecimientos que se producen, tanto en las regularidades como en las singularidades temporales. Como se ve el programa es bastante más exigente que los eslóganes del fin de lo social (del sujeto, de la historia, de los grandes relatos) que nos ha dejado el pensamiento débil (y acomodaticio) postmoderno. Esperamos mucho de la sociología de Wacquant.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. Wacquant y la ciudad desde sus márgenes, <i>Ignacio González Sánchez</i>	7
---	---

PARTE I

TEORÍA SOCIAL: ENCARNACIÓN Y PODER

1. El cuerpo, el gueto y el Estado Penal. Una breve guía bio- gráfica y analítica, <i>Loïc Wacquant</i>	19
2. Cuerpo, mente y gueto. Una reapropiación creativa de la teoría de la práctica de Pierre Bourdieu, <i>José Manuel Fernández</i>	51
3. Venas abiertas: memorias políticas y corpóreas de la vio- lencia, <i>Francisco Ferrándiz</i>	89

PARTE II

MARGINALIDAD HUMANA: FORMAS Y MECANISMOS DE RELEGACIÓN EN LA CIUDAD DUAL

4. La estigmatización territorial en la edad de la marginalidad avanzada, <i>Loïc Wacquant</i>	119
5. La marginalidad avanzada como uno de los semblantes del capital simbólico negativo, <i>Miguel Alhambra Delgado</i>	135
6. El concepto de gueto como analizador social: abriendo la caja negra de la exclusión social, <i>Luis Enrique Alonso</i>	151
7. Parias urbanos, parias mediáticos: los medios de comuni- cación y la marginación de la pobreza, <i>Félix A. López Román</i>	183

PARTE III
ESTADO PENAL:
LA CONTENCIÓN PUNITIVA COMO POLÍTICA
PARA LA POBREZA

8. La tormenta global de la ley y el orden: sobre neoliberalismo y castigo, <i>Loïc Wacquant</i>	203
9. El Estado de Derecho y el orden social, <i>Juan S. Pegoraro</i> ...	229
10. La reconfiguración del Estado y del castigo, <i>Ignacio González Sánchez</i>	235
11. ¿Punitividad, benevolencia o ambas? Limitaciones conceptuales de algunos discursos contemporáneos, <i>Alfonso Serrano Maíllo</i>	307
12. Simbiosis vital, <i>Dario Malventi</i>	329
13. ¿Qué tiene que ver el neoliberalismo con esto? Hacia una economía política del castigo en Grecia, <i>Leonidas K. Cheliotis y Sappho Xenakis</i>	365
14. El Estado penal y el gobierno de la marginalidad en la América Latina contemporánea, <i>Markus-Michael Müller</i>	401
EPÍLOGO. De la clase dominante al campo del poder, <i>Pierre Bourdieu y Loïc Wacquant</i>	423
Lista de autores	455